

# LA MANO DE MIDAS



Antonio Parra Sanz



# La mano de Midas

© 2015, Antonio Parra Sanz

© Edición ebook Editorial Amarante

Diseño y tratamiento digital: Dto.gráfico Ed.Amarante

Fotografía de portada: Salvador Martínez

<http://editorialamarante.es/>

Editorial Amarante. Febrero, 2015

ISBN: 978-84-16214-67-9

\* \* \*

*Esta novela es para quienes conmigo siguen yendo:  
para Amalia, y para nuestro hijo Antonio*

*Algunas personas han tenido bastante que ver para que esta historia haya visto la luz, y es justo reconocérselo ahora, así que para ellos va mi gratitud.*

*Domingo Solana, por prestarse a encarnar a uno de los personajes.*

*Yolanda Paredes, que me abrió las puertas del Hotel Entremares cuando quise alojar allí a Sergio Gomes.*

*Salvador Martínez, con mi agradecimiento por tus fotos y tu empuje.*

*Juan Antonio Rocamora, que siempre anda siguiéndole la pista a Gomes para que no se encierre.*

*Y por último Francisco Marín, mi presidente favorito, que luchó y se empeñó hasta lograr que estas páginas terminaran publicándose.*

*Y por supuesto, he de dar las gracias a la ciudad de Cartagena, que ha acogido a Gomes igual que hizo conmigo hace ya unos cuantos años, esperemos que él decida quedarse aquí tanto tiempo como yo.*



# Índice

- 1 Un hombre bueno
- 2 La Santa Compañía
- 3 Dura lex, sed lex
- 4 El adonis de alabastro
- 5 Un ángel de la guarda
- 6 Gambito de damas
- 7 Saque y volea
- 8 Desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca
- 9 Vainilla doble
- 10 De mecenas y otras especies
- 11 El hombre que vino del frío
- 12 Un niño de papá
- 13 Cicatrices
- 14 Elogio de la amistad
- 15 Cherchez la femme
- 16 El rey Midas
- 17 El oráculo
- 18 Segundos fuera
- 19 Entre tinieblas
- 20 La sombra de Cupido

# 1 Un hombre bueno

Ver a Galindo chapoteando en el agua lograría que hasta el más firme de los ecologistas se replantease sus principios. Por eso decidí esperar a que lograra sacar del jacuzzi su anatomía de cetáceo en extinción, mientras declinaba la ayuda que todas sus adiposidades parecían gritarme. Por eso y porque mis pulmones pretendían salirse por mis oídos huyendo de los vapores terapéuticos de la sauna, que amenazaban con derrotar mi habitual cargamento de nicotina.

De haber sabido lo que contemplaría después, habría aguardado a que terminase su circuito de relax, porque hasta el desayuno más frugal corre el riesgo de ser regurgitado ante el espectáculo de mi jefe entrando y saliendo del baño de vapor, previo paso intermedio por un pozo de hielo en el que restregar su centenar de kilos. Así que escapé para aspirar algo de aire fresco y aceptar la infusión de jazmín que una jovencita, pulcramente uniformada, me ofreció siguiendo las directrices hospitalarias del hotel, sin que la pobre supiera el favor que le hacía con ella a mi maltrecho estómago.

Me senté con la taza entre las manos, presto a dejarme diseccionar por los albornoces que iban y venían, coronados por caras aún repletas de sueño. Al menos los altavoces amenizaban la estancia con acordes clásicos de Mozart, Chopin o alguno de esos otros compositores sedantes, y no habían sucumbido a la tentación de los sonos orientales, respetando un poco el ambiente meridional de la zona. Pero esos acordes no eran tan rotundos como para ocultar mis vaivenes estomacales provocados por la contemplación del cuerpo desnudo de Galindo. Al intentar despegar la camisa del torso noté la ausencia de los cigarrillos, aunque tampoco lo lamenté, desde que nos habíamos instalado en La Manga,

parecía que el olor del Mediterráneo hubiera sustituido mis ansias de fumar.

Galindo aún tardó otra media hora más en dar señales de vida, a pesar de la premura con la que su aviso me fue comunicado en mitad del desayuno, con esa capacidad que tiene para estropearme los buenos momentos, aunque sea por delegación y a través de un camarero. Le rechazaba a mi atenta jovencita una nueva infusión, esta vez de fresa, cuando la calva de mi jefe, más rosada y brillante que nunca, apareció al fin por la puerta de los vestuarios.

— Pasa, Gomes, ya era hora.

— No he querido interrumpir tus baños.

— Menos coña, ¿has visto a Caridad?

En el momento en que entramos por la puerta del Hotel Entremares, la Cari renunció al diminutivo y al artículo, con la firme intención, dijo, de ponerse a tono con la categoría del establecimiento.

— No, casi no me has dejado ni desayunar.

— Tenemos trabajo, luego si quieres desayunas otra vez conmigo.

— No pienso ni oler uno de esos batidos dietéticos que te ponen.

— Eso, tú siempre colaborando. Pasa de una vez.

Hablar con Galindo no resulta fácil en condiciones normales, así que si está ataviado con un albornoz que apenas contiene su obesidad, la dificultad aumenta varios grados. Le seguí al vestuario para castigar de nuevo mi pituitaria, y mi estómago herido, con más vaharadas de vapor, mezcladas con sudor y otros efluvios innombrables. Sentado en uno de los bancos de madera, otro albornoz, algo menos rotundo que Galindo, se levantaba con cierto esfuerzo al tiempo que me tendía la mano.

— Éste es el señor Solana, Domingo Solana —nos presentó Galindo.

Estreché su mano por evidente cortesía, para pensar de inmediato dónde podría limpiar mi palma, que desde luego

no sudaba como ellos.

— Perdona, son los efectos de la sauna —se disculpó y con ello se ganó casi todo mi aprecio.

Es difícil medir a un hombre cuando está sin ropa, toda esa corteza exterior que cada día nos ponemos para salir al mundo dice bastante de nosotros, pero en el caso de Domingo Solana, su rostro ya clamaba una gran excepción. Era, a todas luces, lo que puede definirse como un hombre bueno, en el más amplio sentido de la palabra, de sonrisa fácil y mirada sin dobleces, y secaba un bigote corto y espeso al tiempo que mostraba la misma incomodidad que yo por reunirnos en semejante lugar.

— El amigo Domingo y yo nos hemos conocido entre baño y baño, y se ha quedado fascinado por nuestras actividades.

Si no abrí más la boca, o los ojos, fue para no incomodar más a aquel hombre.

— ¿Nuestras actividades?—atiné a silabear.

— La verdad es que nunca había conocido a ningún detective privado, como su jefe.

De haber tenido más oxígeno a mano, y menos vapor, no habría podido contener la carcajada, Galindo me adivinó el pensamiento y no me dejó seguir imaginando qué clase de mentiras habría fabricado.

— Bueno, realmente el detective es él, Sergio Gomes. Ya le dije que le venía el oficio casi con el nombre.

Reímos los tres, ellos dos por resucitar su primera anécdota de algo que yo no sabía si calificar como amistad, y yo porque no me parecía ético mandar a Galindo a la mierda delante de desconocidos.

— Pero yo me ocupo de la organización y coordinación de todos los servicios, de dirigir nuestras actividades en INGAL.

Se le llenaba la boca, cosa nada sencilla, cada vez que mencionaba el nombre de Investigaciones Galindo, el mismo con el que, después de no pocas deliberaciones muy fatigosas, había bautizado a la agencia en aquellas dos semanas de publicidad gratuita que nos concedieron

algunos medios, tras haber desenmascarado a cierto gerifalte de la telefonía móvil.

— ¿Le ocurre algo, Gomes? Se ha puesto usted pálido — aquel hombre, en su infinita bondad, no podía saber cuántos esfuerzos tenía que hacer yo para evitar la risa ante la verborrea empresarial de Galindo.

— No le sobran kilos, como a nosotros, y en cambio le falta salud. No te vendría mal una reparadora ducha de mango.

— En eso estaba yo pensando...

— Bueno, el amigo Domingo tiene un problema, y yo le he prometido que le ayudaríamos.

La generosidad de Galindo escapaba de su alma a la misma velocidad que la grasa de sus poros.

— Se lo agradezco, Galindo, pero ya hemos hablado de ello, y pagaré sus servicios.

— No se preocupe ahora por eso y cuéntenos.

Me resigné del todo a mantener aquella conversación aun a riesgo de deshidratarme, sólo faltaban unas orquídeas salvajes para que el efecto invernadero fuera completo.

— Verán, esto no me resulta muy agradable, pero bueno, seguro que ustedes estarán acostumbrados a cosas mucho más duras. Yo vivo en Cartagena, y cada cierto tiempo tengo que ponerme a dieta y cuidarme un poquito, hasta ahora lo hacía allí, me ponía en las manos de mi cuñado, que acababa de abrir uno de esos spa urbanos, pero ahora he tenido que venir aquí, por eso le decía a su jefe que la vida tiene extrañas coincidencias.

Podía ser por el calor o la relajación, o tal vez fuera sólo la extremada corrección de aquel hombre la que le obligaba a ponernos en antecedentes dando un rodeo que mi resistencia no estaba en condiciones de soportar. Bastó un nuevo intento, frustrado como los anteriores, por despegar la camisa de mi cuerpo para que se diera cuenta.

— Perdonen, me estoy yendo por las ramas, pero es que los últimos días han sido bastante duros. A finales de la semana pasada mi cuñado apareció muerto en su gimnasio,

estaba haciendo pesas y el aparato se le resbaló, le cayó encima y la barra le asfixió. Al menos eso fue lo que nos dijeron.

— Pero usted tiene sus dudas, por lo que veo.

— Era muy extraño, sí. Un accidente puede tenerlo cualquiera, pero al lado del banco apareció un bote de esas pastillas que toman los culturistas, ¿cómo se llaman...?, anabolizantes, esteroides o algo así, y estaba vacío. Yo creo que él no tomaba esas porquerías, no es que fuera un ejemplo de sanidad, comía y bebía a gusto, y fumaba un poco, pero nada más. El caso es que la policía pensó que quizá fuera un suicidio, aunque como no estaba muy claro, lo dejaron en accidente y ahí terminó todo.

— Esos aparatos a veces son muy traicioneros —terció Galindo.

— Se ganaba la vida con ellos, con ellos y con los masajes, sabía cómo manejarlos.

Galindo me envió una mirada que exigía un aumento de mis intervenciones si quería conservar el empleo.

— ¿Tenía problemas su cuñado, alguna dificultad, no sé, económica o familiar que pudiera hacer pensar en el suicidio?

— Al contrario, ya les he dicho que hacía poco que había abierto un centro nuevo, las cosas le iban muy bien, incluso tenía más planes para ampliar su negocio.

— ¿Faltaba algo del gimnasio?

— No, no fue un robo, en eso fueron rotundos en la comisaría.

— Perdóneme si soy un poco brusco, Domingo, pero, según parece, no hay mucho de lo que recelar.

— No crea que no he pensado que esto era una locura, pero es que la actitud de la policía no nos dejó tranquilos.

— ¿A qué se refiere?

— Pues a que se dieron mucha prisa por zanjarlo todo. Ante una cosa así, uno se queda como flotando, naturalmente no espera que vayan a poner todo su

empeño, pero era un hombre joven, no llegaba a los cuarenta y cinco, y ya les digo que bastante sano. No sé, igual coincidió con el cambio de comisario o algo así, pero todo lo hicieron de prisa y corriendo, y no creo que fuera tan sencillo. Eso por no hablarles de cómo está mi mujer, era su hermano pequeño, ya pueden imaginarse.

No, no era tan sencillo, nada era sencillo y por eso se hizo el silencio en el vestuario, no era sencillo decirle a aquel hombre que Galindo habría exagerado al hablarle de nuestras “actividades”, tampoco lo era desvelarle que rara vez nos ocupábamos de alguna muerte, que lo nuestro, salvo esporádicos golpes de suerte, eran más los adulterios o los fraudes laborales, pero lo menos sencillo de todo era negarle una mano, una mínima esperanza, a quien nos había hablado con semejante calma y tristeza.

— ¿Cómo se llamaba su cuñado?—interpretar los ojos abesugados de Galindo en cambio era parte de un código demasiado fácil.

— Benjamín Blaya.

— Mire, Domingo, no puedo prometerle nada. Por lo que nos ha contado, lo más probable es que nos demos con un montón de puertas cerradas, y que dentro de unos días no tenga nada que ofrecerle salvo un poco más de consuelo.

Galindo le palmeó la espalda certificando lo que yo no había sabido ver, el alumbramiento de un afecto incipiente.

— No le haga caso, ya verá como averiguamos algo más, debajo de esa cara escuálida hay más tesón del que parece.

Si hubiera sabido que las saunas y demás zarandajas dietéticas le iban a arrancar a Galindo un elogio hacia mi persona, habría hipotecado mi casa hace años para ponerle cuanto antes en tratamiento.

— Necesitaré alguna información más sobre él.

— Por supuesto, en cuanto salgamos de aquí.

Era poco menos que imposible sustraerse a la mirada de agradecimiento que Domingo Solana complementó con el arco ascendente que formaron sus labios y su bigote.

— Espéranos fuera y desayuna con nosotros, sólo nos queda un cuarto de hora más de vapor seco, y date una ducha, que estás hecho un asco.

— Ya veo que se acabaron las vacaciones.

## 2 La Santa Compañía

Caminar descalzo por la arena es una sensación que invita al bienestar, sobre todo si uno no tiene que preocuparse después de volver a ponerse los zapatos. Los míos esa tarde estaban en mis manos, acompañando el balanceo de los brazos mientras le hacían eco a las olas del Mediterráneo. Al otro lado de la carretera, el sol se ponía sobre el Mar Menor, esa inmensa laguna siempre quieta que parece querer llevarle la contraria a su hermano mayor.

El cuadro, lo reconozco, era de película, un cuarentón solo como la una paseando por la playa en un atardecer de mayo, sólo faltaban los violines para terminar de componer un drama barato. Claro que las otras opciones que ofrecía mi panorama social tampoco eran como para brincar de alegría, sobre todo después del festival de arrumacos que Galindo y Caridad se habían prodigado durante la comida, ella feliz por disfrutar de sus primeras vacaciones en pareja, y él satisfechísimo por el sangriento solomillo que, contraviniendo todas las prevenciones de su tratamiento, le había servido un camarero al que decía tener bien sobornado.

Así que después de los postres sólo me quedó el consuelo de la siesta, so pena de acompañarlos en alguna de esas actividades con las que se empeñan en rellenar su tiempo, pero ni he sabido nunca jugar al dominó, ni las exaltadas promesas con las que Caridad intentaba convencerme para sumarme a su taller de claveles tuvieron recompensa. Lo malo fue que tampoco hubo siesta, las sábanas se me llenaron de fantasmas y no tuve ni el alivio de un vodka justiciero, porque la única cafetería del hotel abierta a esas horas había sido tomada al asalto por un grupo de sesentonas apasionadas del cinquillo.

Mentiría si dijera que esa desazón no se debía, en parte, a la conversación de la mañana, a los ojos de Domingo Solana

y a la imagen de un masajista estrangulado por sus propias pesas. Había aceptado concederle a aquel hombre una esperanza en la que yo no creía, sobre todo porque no era quién para prometerle a nadie semejante consuelo familiar. Pero los fantasmas, ya se sabe, nunca llegan solos, se traen unos a otros de la mano como una santa compañía cruel y, aunque al primero de ellos logré frenarlo a nuestra llegada a La Manga, bastaron un par de días de ocio para que regresara con más fuerza.

El primer espectro, cómo no, era Paulita, mi ex mujer, con la que en tiempos ahora ya prehistóricos había paseado por estas mismas playas, antes de que la gangrena se cebara en nuestro matrimonio, y antes también de que esta lengua de tierra dejara de ser un muestrario de dunas y naturaleza para convertirse en una esquizofrenia de torres y cemento. El Hotel Entremares estaba a la entrada de La Manga, y aunque desde la terraza de mi habitación todo eran colmenas amenazando con verterse al mar, no había tenido ánimo suficiente como para seguir la carretera hasta el final, prefería mantener la imagen, seguramente falsa, de que allí sobrevivirían aún algunos metros de tierra virgen.

Por muy acostumbrado que un hombre esté a la soledad, y yo podría impartir más de un cursillo sobre el tema, las carantoñas que intercambiaban mis dos compañeros de viaje no hacían más que meter un poco más el dedo en la llaga. Y si al principio, una vez asimilada la sorpresa, acepté la invitación de Galindo y conduje hasta aquí su siempre flamante Volvo, poco a poco me invadió una sensación que me hizo pasar de chófer a celestino, a pesar de que he de admitir que Caridad ha ido puliendo los sentimientos de mi jefe hasta llevarle a aceptar un emparejamiento que era más que evidente desde hacía años, aunque él se dejaría cortar una mano antes de reconocerlo.

Me divirtió la idea de ver hasta qué punto podían comportarse como una pareja, esa idea y la de abandonar Madrid por un tiempo, harto de perseguir a maridos

adúlteros mientras el recuerdo de Katrina se me colaba por la ventanilla del coche cada vez que cruzaba por alguno de los lugares que compartimos. Era una forma, tan aceptable como otra cualquiera, de huir de las dos únicas mujeres que me han dejado huella, fuera de antiguos desahogos esporádicos con alguna clienta ultrajada. Las dos se fueron, cada una a su manera, Paulita inaugurando el dolor, y sazónándolo con dosis más que generosas de desprecio, Katrina desapareciendo entre las nieblas de siete días de un verano que ahora me cuesta considerar real.

Se fueron sin dejar de irse del todo, en contra de lo que yo pensaba. A la primera la añoro cada principio de mes, cuando me llamaba exigiendo una pensión que los dos sabíamos que no necesitaba. La segunda ha tardado algo más, han tenido que pasar algunos inviernos, no tan fríos como los de su austriaca tierra, para que desocupase al fin el habitáculo del coche, y el de mi conciencia. Fue hace tres meses, otra vez a la sombra de Torre Picasso, y es curioso que allí se empezara a fraguar este viaje.

Como todos los febreros de Madrid, el frío cortaba mi respiración y la capacidad, ya escasa, de la calefacción de mi viejo coche. Si la congelación empieza a presentarse con alucinaciones, entonces no me cabe duda de que ella tuvo que aprovechar ese momento. Mal aparcado a la entrada de uno de los túneles de Azca, aguardaba a que mi adúltero marido de turno decidiera dejar las horas extra para otro día. Por la calle Orense se desparramaba ya la noche de un sábado idéntico a otros millones de sábados y casi no le vi salir. El letargo, el sueño, el aburrimiento —cuando uno quiere hay mil excusas para elegir—, me hizo arrancar y seguirle sin saber bien qué coche empezaba a perseguir, pero a las doce de la noche no hay muchos sacrificados que salgan del garaje de su oficina.

Para cuando me di cuenta de mi error, la esposa ya había llamado a Galindo dando el servicio por finalizado, con su maridito en casa, y en el corazón del Madrid financiero

empezaba a crecer una antorcha monumental que iluminó media ciudad. Fue una equivocación de principiante, y mis recuerdos me habrían garantizado una plaza en la cola del paro de no ser por el vicio con el que Galindo se sienta delante del televisor para engullir todo lo que sale de él. Su llamada, que tendría que haber sido un catálogo de improperios, se alimentó de unos gritos y súplicas febriles para que no dejara de seguir al presunto pirómano, y de la manera más inocente, sin pretenderlo, al día siguiente le cubrieron de llamadas la policía, los bomberos y media docena de compañías de seguros, que además le cubrieron también el riñón para al menos un par de lustros.

O era la edad, o haber pasado media vida a la espera de un golpe de suerte, el caso es que Galindo destapó el tarro de la generosidad y nos agasajó con el viaje. Así que mi torpeza de aquella noche tuvo su premio, una habitación en la sexta planta de un hotel que destilaba tranquilidad, pared con pared con otra en la que una pareja de amantes más que maduros pretendían saldar cuentas con innumerables encuentros clandestinos que habían tenido como escenario el despacho de la agencia. Y también unas sesiones culinarias que iban desde las zalamerías más empalagosas hasta el humor de perros con el que Galindo recibía la ensalada de lentejas y los macarrones a la hortelana del menú vegetariano.

Eso sin olvidar el premio complementario de contemplar el refinamiento al que, en sesiones aceleradas, se iba sometiendo Caridad desde que abandonase el diminutivo a las puertas del hotel, pero siempre con una buena voluntad y un cariño, también hacia mí, que derrochaba sin tasa. Como si hubiera recuperado una infancia o una juventud extraviadas, participaba en tantas actividades como sus energías le permitían, hacía amigos, conversaba, y para todos tenía presta una sonrisa. Tanto, que alguna que otra vez yo sorprendía en Galindo miradas repletas de ternura que me cuidaba muy mucho de criticar.

A lo que no llegó la generosidad de mi querido superior fue a incluirme en el tratamiento de saunas, masajes, baños de algas, lodos y termas cartaginesas del que el hotel hacía gala, no sé bien si por tacañería, o para guardar las distancias entre nosotros, y no menoscabar su autoridad permitiendo que le viese de semejante guisa. Así que los masajes de reflexoterapia podal que anunciaban los folletos me los suministraba yo a la usanza más primitiva, playa arriba y playa abajo, con larguísimos paseos que, amén de hacerme pensar más de lo que quisiera, reducían mi consumo de nicotina, al tiempo que me proporcionaban la energía suficiente para tolerar la siguiente cena y poco más, porque la asistencia al concurso de baile al que habían amenazado con presentarse precisaría un sinnúmero de vodkas con los que anestesiar-me.

Con todas sus rarezas y defectos, Galindo y Caridad se acercaban bastante a lo que podría ser una familia, y yo no estaba en condiciones de ser muy exigente, al menos hasta comprobar cuánto tiempo tardaríamos en dejar de soportarnos. Y aunque en ocasiones una medicina pueda ser más devastadora que la enfermedad que pretende curar, aceptar el encargo de Domingo Solana al menos me llevaría a deambular por una ciudad nueva, una ciudad en la que sería más difícil que resucitaran los fantasmas de los que, por mucho que me empeñase en negarlo, también estaba huyendo al salir de Madrid.

### **3 Dura lex, sed lex**

La Comisaría de Cartagena estaba en un edificio muy poco funcional, más bien rezumaba cierta antigüedad, por mucho que arcos detectores de metales y pantallas se empeñaran en hacer creer lo contrario. Parecía que si uno rascaba con la uña la pintura de la pared resucitarían pasadas represiones políticas. No hay nada peor que las esperas prolongadas para que a un hombre se le vuelva hostil el paisaje que le rodea.

Había llegado con cierta prontitud, otra costumbre que tendía a alterar gracias al asueto que me había regalado Galindo. A mi condición de nuevo madrugador contribuyó también la novedad de no tener que compartir con ellos otro desayuno, y el hecho de empezar un nuevo día sin ver el alboroz restallante de mi jefe ni escuchar la agenda social de su pareja.

Las indicaciones de Domingo Solana fueron de lo más certeras, una vez abandonados los casi treinta kilómetros de autovía, desemboqué en el Paseo del Rey Alfonso, con su hipermercado lindante con el hospital, y ese gusto macabro de los constructores, como si quisieran suavizar las obligaciones hacia los enfermos con el consumismo más desaforado. Cuatro semáforos después me asomaba a la Plaza de España, y antes de bordear la glorieta divisé la comisaría, justo detrás de la gasolinera que Solana había mencionado. Introduje el Volvo de Galindo en el aparcamiento subterráneo y crucé la plaza. Una hilera de inmigrantes cubría la acera, estrujando en sus manos contratos sudorosos y otros papeles que custodiaban como si con ellos les fueran a conceder la residencia de inmediato. La hilera se adentraba en una pequeña bocacalle muriendo en una puerta lateral, los legales entraríamos por la principal.

Durante más de media hora me entretuve en leer todos los carteles de la sala, incluso estuve tentado de levantar alguno de ellos para ver si debajo aún sobrevivían las manchas de antiguos retratos a los que adorar. Por suerte, el agente que me había recibido consideró oportuno poner fin a la desconfianza con la que miró y remiró mi licencia, y con un gruñido me ordenó que le acompañara escaleras arriba.

Había un rumor sordo en todo el edificio, las voces se escuchaban a medio tono, como si el polvo de años las impidiera crecer. No es que yo haya conocido muchas comisarías, pero la fiebre publicitaria y aséptica que había llevado a remodelar las de Madrid no se había dejado sentir por estos lares.

Mi simpático escolta me abandonó frente a un despacho, al final de un largo pasillo repleto de puertas entreabiertas desde las que me habían lanzado unas cuantas miradas curiosas. Medio erguido tras una mesa rebosante de carpetas me esperaba el comisario Marquina. Me preguntaba qué clase de conversación habrían mantenido él y Galindo para que mi espera hubiera sido inferior a una hora.

— Soy Alonso Marquina, siéntese, señor Gomes.

No es que hubiera hecho ademán de levantarse, sino que era un hombre bastante alto, tal vez rondase los dos metros. Me acomodé como pude en la silla que su mano me indicaba. El olor a tabaco negro inundaba todo el despacho, un cenicero se desbordaba de colillas en la mesa y avivó mis ansias de fumar, que ya se habían despertado incluso antes de llegar a la ciudad, en cuanto abandoné el hotel y el aroma penetrante del mar. Me aguanté las ganas y me dejé observar por unos ojos que en algún momento reciente debieron de prescindir de la protección de las gafas, a juzgar por las marcas de la nariz de Marquina y por la manera en que él se llevaba la mano hasta ella, una mano delgada y fibrosa, como el resto de su anatomía.

— Su jefe me ha llamado esta mañana, parece que quiere cierta información sobre uno de nuestros casos.

Una de las reglas de oro de mi profesión consiste en no esperar jamás cortesía alguna de los policías, pero aquel hombre había batido todas las marcas a la hora de ir al grano.

— Sí, sobre la muerte de Benjamín Blaya.

Encendió un cigarrillo sin molestarse en distinguirme con una invitación.

— Un accidente, así se hizo constar a la familia.

Era parco como él solo, estaba claro que desde el principio iba a marcar las fronteras de una colaboración menos que mínima.

— Precisamente ha sido la familia la que nos ha encargado averiguar algo más sobre su muerte.

Masajeó su nariz una vez más, y el olvido de las lentes llevó la mano hasta atusar sin necesidad un cabello oscuro y muy corto.

— Ya le digo que fue un accidente, poco más le podremos contar aquí.

— Le entiendo, pero...

— No, no me entiende, y perdóneme la brusquedad, pero no tenemos tiempo para malgastarlo en este tipo de cosas. Comprendo que estén dolidos pero no creo que haya motivo para esto, ni para que nadie venga a lucirse buscando enmendarnos la plana.

— No pretendo...

— Sí, sí, ya sé, a usted le contratan y tiene que hacer su trabajo si quiere cobrar, claro, pero no querrá que le pongamos una alfombra y le hagamos la visita turística.

— Con algunos datos me conformaría.

Se irguió en el sillón todavía más, casi tenía que levantar los ojos para alcanzar los suyos.

— No se pase de listo, ¿quiere? No sé cómo serán las cosas en Madrid, pero aquí trabajamos de otra manera.

— ¿Mi origen le supone algún problema?

— Su origen no, usted puede que sí.

— Estoy acostumbrado a no gustarle mucho a sus colegas.

Puesto a quemar mis naves, las incendiaría del todo, aunque casi tuviera que escuchar la presión de sus mandíbulas al tensarse.

— Yo no he dicho que me disguste.

— Tampoco ha dejado entrever lo contrario.

— No me pagan para hacer amigos, supongo que eso sí lo entenderá.

— Ni a mí, sólo deseo un poco de información para que mi cliente valore mis esfuerzos.

— ¿Cuántos esfuerzos?

— ¿Perdón?

— Que cuántos esfuerzos le va a dedicar a ese cliente suyo.

— No veo yo que eso le importe.

— Claro que me importa, ¿qué se cree, que le voy a dejar husmear en los datos del caso sólo para justificar unas horas de trabajo que luego le cobrará a precio de oro? No tendría ni que haberle recibido, ¿no sabe que es un delito inmiscuirse en una investigación policial?, tiene suerte de que este caso esté ya cerrado.

Me estaba desarmando con extrema rapidez, traté de disimular mientras me moría de ganas de quitarle un cigarrillo.

— Coja uno, si quiere, ¿o lo está dejando, como todos?

Se había dado cuenta, jugaba en casa, y yo era más visitante que nunca, desconcertado por la escasez de los insultos que cualquier otro en su lugar, y en mi ciudad, ya me habría escupido encima.

— Sí que tiene razón en una cosa —me detuve a encender el cigarrillo—, aquí trabajan de otra manera.

— Todavía no me ha respondido.

— Me he perdido un poco, ¿la pregunta era...?

— Lo sabe perfectamente, hablábamos de honradez.

Tenía que cambiar el paso, estaba claro que con él no funcionaban los métodos tradicionales.

— Es usted de los pocos que piensan que este trabajo es honrado.

— Los trabajos ni son honrados ni dejan de serlo, eso depende del trabajador.

— Mi cliente piensa que ustedes se dieron mucha prisa en terminar con el caso.

— Ya sé quién es su cliente, por eso todavía está hablando conmigo y no delante de un juez.

— ¿Le conoce?

— Estamos en una ciudad pequeña.

— Sabrá entonces sus intenciones.

— Las de todos, las de cualquiera, negarse a aceptar la muerte, y no se le puede culpar, la gente se busca las mañas para no encarar lo inevitable.

— Parece muy habituado al tema.

— No he nacido sentado en este despacho, ni he llegado aquí por complacer a nadie.

— De eso estoy totalmente seguro.

— ¿Así que creen que tuvimos mucha prisa?

— Desconfían de la versión del accidente.

— A un hombre se le resbalan unas pesas y le caen en el cuello. Trágico, sí. Desafortunado, también. Pero las desgracias ocurren así, sin previo aviso.

— ¿Y las pastillas?

— Veo que está bien informado, las pastillas estaban ahí. ¿Por qué tomó tantas?, no puedo decirle nada, los que se obsesionan con el ejercicio caen a veces en esos abusos.

— Pero trabajaba en ese mundillo, se supone que sabía lo que hacía.

— Mire, Gomes, no había nada concluyente, y entre el suicidio y el accidente, preferimos elegir la segunda opción, nos pareció, a falta de pruebas más rotundas, lo más suave para la familia.

— Pues ya ve que el efecto ha sido el contrario.

— Vale, veo que se lo quiere tomar en serio, y no sé si eso es bueno o malo, es usted el primer detective privado que conozco.

— ¿No hay ninguno por aquí?

— Que yo sepa, no, y si lo hay no creo que se esté haciendo millonario.

— Vaya, es usted demasiado franco, y no sé si eso es bueno o malo, es el primer comisario sincero que conozco.

— No se dé tanta prisa en juzgar, estoy procurando ser educado.

Miró por encima de mí, en dirección a la puerta.

— Cuando quieras, Silvia.

No la había visto, y sentada en el sofá que había junto a la puerta debía de haber disfrutado con nuestros embates verbales, a juzgar por la exagerada sonrisa que no era capaz de reprimir.

— Ella es Férez, de Científica, la forense que practicó la autopsia de Blaya, y ya que está aquí, le proporcionará los detalles que necesite. Acompañale, pero nada de conjeturas, no hagamos que nos arrepintamos de esto. Por cierto, Gomes, otra cosa, no sé si entendí bien a su jefe, ¿se llama usted Gomes, Sergio Gomes?

Diferente a los demás o no, era policía, y me preparé lo mejor que pude para encajar la bromita de rigor.

— Sí, le suena, ¿verdad?

— Hombre, como sonarme, no, pero suena curioso, y más para un detective.

— Si volvemos a vernos, a lo mejor le cuento la historia.

— No se preocupe, ya me la contará Férez.

Fabricó un esbozo de sonrisa y descolgó el teléfono a modo de despedida. La risa de Férez seguía sin remitir.

— Acompañeme.

Salimos del despacho y desanduvimos el pasillo, las miradas anteriores se hacían acompañar ahora de cuerpos asomados a las puertas, quise creer que era por mi